

LA RELACIÓN EDUCATIVA: UN ENCUENTRO ENTRE DOS LIBERTADES

Herminia Cid García
Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”

Resumen: La educación mira fundamentalmente a la libertad del hombre, y aquello que hace emerger la libertad es la verdad. La verdad no es una idea, ni tampoco una invención humana, sino todo aquello que ha sido entregado a la familia y que ésta sigue. Por esto, se educa en la medida en que se propone una experiencia que se comunica a través de una relación humana. Así mismo, en la tarea de despertar las preguntas para captar el valor de la realidad, el punto de partida más humano es acoger la tradición a la que pertenecemos. Ésta no se hereda automáticamente, sino que ha de ser asumida y renovada a través de la libertad de cada hombre.

Actualmente la libertad es concebida bien como autonomía, bien como pura arbitrariedad. Por consiguiente, la educación, como comunicación de sí misma, sólo es posible mediante la libertad del otro; por ende, nuestro primer esfuerzo como educadores es ofrecer razones de lo que se comunica. La gran tarea de los padres es amar la libertad del propio hijo. Un hijo libremente comprueba la *verdad* de la propuesta que se le hace, verificándola.

Palabras clave: educación, familia, libertad, relación educativa, tradición.

INTRODUCCIÓN

Es muy frecuente, sobre todo en las relaciones entre padres e hijos, como entre profesores y alumnos, escuchar lo siguiente: “¿comprendes lo que digo?”. Y ellos responden: “Sí”. “¿Hay alguna objeción a lo que digo?”, y responden: “no”. “Entonces, haced lo que os digo”. Y ellos responden: “no”. ¿Por qué sucede esto? Luigi Giussani¹, en su libro *Llebad la esperanza*, responde: “porque la educación debe volverse hacia algo más fundamental en la experiencia existencial, que no es la simple capacidad intelectual, la educación debe volverse hacia otra cosa. La educación mira a la libertad”.



En general, en el mundo occidental, la educación entendía que la verdad pertenecía al educador, y por lo tanto, éste la podía imponer. Esta perspectiva olvidaba un valor insustituible: la libertad. Así, se ha pasado de una educación incapaz de dar razones del porqué de las cosas y de su misma posición, a una educación en la que, por no imponer, ni siquiera se propone; y el resultado ha sido una generación de escépticos.

La educación no se dirige en primer lugar ni a la capacidad intelectual de la persona, ni a los aspectos psicológicos de ésta, sino fundamentalmente a su libertad. No es que la persona esté fragmentada, la persona es una, pero dentro de esta unidad emerge prioritariamente la libertad, y la educación mira a la libertad. Es éste un aspecto fundamental que hay que tener presente, la libertad como estructura fundamental del hombre en cuanto hombre, como capacidad de reconocer el ser, como capacidad de reconocer el único factor que lo evoca, que le hace emerger verdaderamente, que es la verdad. Para evocar la libertad es necesario proponer la verdad. Desde este punto de vista comprendemos la importancia de la educación, ya que ésta no sustituye a la libertad, sino que la hace emerger, pone a la persona ante la necesidad de adherirse, de participar. La verdad no es una idea, ni una invención del hombre, sino algo que le ha sido entregado, a lo que la misma familia obedece y que se denomina *tradición*². Por esto, el factor fundamental de la educación es invitar a que el hijo mire aquello que la familia sigue y de lo que vive. Sólo un hombre que testimonia y hace entender el porqué de la vida puede mover la libertad de otro a verificar dicho significado de la vida.

Educar, como *introducción de la persona en la realidad total*³ es profundizar en el sentido que tienen las cosas, descubriendo su valor. Esto implica dos premisas, la primera reconocer que la experiencia educativa es tal si la realidad tiene significado, y segunda, la educación verdadera es aquella que trata de despertar las preguntas decisivas de la vida, los anhelos más profundos de todo hombre: yo, ¿qué soy?, las cosas, ¿por qué me sorprenden?, ¿para qué sirve todo lo que hay en el mundo?, ¿qué significa este deseo de felicidad tan grande que tengo? Se educa, pues, en la medida en que se propone una experiencia, una experiencia que se comunica a través de una relación humana. Sólo una experiencia presente –un hombre que está vivo porque testimonia y hace entender el porqué de la vida, su significado– puede mover la libertad del otro a verificar.

El hombre no se realiza sino a través del encuentro con el otro. El niño viene al mundo dentro del contexto histórico de un pueblo, que posee una cultura, es decir, que posee un modo particular de mirar y concebir la realidad y de relacionarse con ella. Esto significa que cada uno es introducido en la realidad a través de los ojos de la madre y el padre. Si al educar comunico la verdad, está implícito que los padres comuniquen algo más grande que ellos mismos, no algo que inventa el hombre, sino aquello que les ha sido entregado, dado. El presidente de la UNESCO afirmaba eficazmente que “el corazón de las madres es el primer libro de los hijos”⁴.

Y lo que les ha sido entregado se denomina tradición; ésta es la hipótesis explicativa de la realidad que nos viene ofrecida en un primer momento por el lugar en el que



nacemos, que no es neutral. La palabra tradición viene de *traditio*, que significa entregar, es sobre todo un sentido, no es un almacén de noticias, de datos, de costumbres o de comportamientos. Por esto, un poder que quiera ejercer su influencia sobre el pueblo, lo primero que hace es cortar con el pasado, vaciar y anular la memoria. Si le damos a un niño un juguete despertamos su curiosidad, pero si no le explicamos cómo funciona, el interés inicial se convierte pronto en cansancio o en violencia, empieza a maltratar el juguete. Es injusto regalarle a un niño un juguete sin explicarle cómo funciona, pero aún más injusto es darle la vida sin ofrecerle una hipótesis que le permita entender cómo puede vivirla intensa y humanamente. Esto es la tradición, ofrecerle al otro una explicación que le permita vivir intensa y humanamente la propia vida que ha recibido. Por esto, es más razonable, para comprender la realidad, caminar desde los hombros de los gigantes –como decían los antiguos–, más que elegir entre todas las posibilidades la que a uno “le guste”, en el caso de que diera tiempo a conocer una por una cada una de las tradiciones.

Efectivamente, sin la propuesta de la familia, sin una hipótesis de significado de la vida, la relación que el hombre establece con la realidad (como veíamos con el ejemplo del juguete) es puramente instintiva y es como si comenzase desde cero, pura reactividad, instintiva o de opinión. Por consiguiente, en la tarea de despertar las preguntas para captar el valor de la realidad, el punto de partida más humano es acoger la propuesta que otros nos hacen. La riqueza de una tradición cultural como la nuestra es el punto de partida para captar el valor del presente, para comprender la diversidad de otras culturas y aportar una contribución original a la construcción del bien común. Ahora bien, a diferencia de lo que sucede en el campo técnico o económico, donde los progresos actuales pueden sumarse a los del pasado, en el ámbito de la educación de las personas no existe esa misma posibilidad de acumulación, porque la libertad del hombre siempre es nueva y, por tanto, cada persona y cada generación debe tomar de nuevo, personalmente, sus decisiones. Lo más valioso del pasado no puede heredarse automáticamente, tiene que ser asumido y renovado a través de una opción personal, es decir, uno ha de ganarse aquello que recibe. Y así entra en juego lo más preciado del hombre, la libertad.

LA EDUCACIÓN: UNA RELACIÓN ENTRE DOS LIBERTADES

Al educar nos dirigimos, ante todo, a la libertad del que tenemos delante. La educación no es convencer al otro de lo que creemos, sino que es la libertad de una persona que se dirige a la libertad de otra persona. Es ofrecer un conocimiento de la realidad y un modo de relación con las cosas que se le presentan como la expresión de una libertad que encuentra otra libertad.

Hoy día, la libertad es concebida como pura autonomía, es decir, no tener que depender de nadie o no tener vínculos con nadie. Desde esta concepción, el ideal es ser absolutamente autónomos, autónomo de la realidad y autónomo de los demás. O bien,



es concebida como pura arbitrariedad, es decir, soy libre porque hago lo que quiero y no respondo de nada a nadie. Dicha concepción parte de un presupuesto básico: el hombre es la medida de todas las cosas, ya que es él quien decide lo que son las cosas y cómo hay que relacionarse con ellas. Se llega de este modo al predominio de la opinión sobre la verdad, es decir, cada uno es libre de opinar sobre cualquier aspecto de la vida sin necesidad de considerar su carácter objetivo.

Sin embargo, la libertad es para el hombre la capacidad de adherirse al Ser⁵, a la realidad, de realizarse, es decir, de responder a sus exigencias constitutivas: de felicidad, de sentido, de amar y ser amado. Es la capacidad, la energía de adherirse al bien, aquello que satisface verdaderamente los deseos y las exigencias humanas. Y en la comprensión de cuál es el verdadero bien entra en juego la razón. Aceptar esta concepción de la libertad supone afirmar que la realidad no es mía y que en ella existe una verdad que completa mis deseos. A no ser que hagamos del hombre un ser absoluto, la verdad y el bien están por encima de la inteligencia y de la voluntad humanas. Por tanto, la libertad es la responsabilidad frente a la verdad.

Por consiguiente, la educación como comunicación de sí mismo, es decir, del modo en que uno se relaciona con la realidad, sólo es posible mediante la libertad, respetando la libertad del otro, y ese respeto implica al menos reconocer dos factores fundamentales: el primero, que la libertad del otro es siempre deseo de verdad; y el segundo, que la libertad implica un misterio, el misterio de la contradicción que no podemos eliminar nosotros mismos. La pasión por comunicar no debe olvidar pues que la persona a la que nos dirigimos es una persona libre. Y eso significa que nuestro primer esfuerzo debe consistir en iluminar la razón de lo que se dice. *Saber dar razón*: cuanto más clara, amplia, detallada, leal y apasionadamente se dé, más justo se vuelve el modo de educar. Y esto sin pretensiones. Porque la libertad implica una inaccesible capacidad de contradicción, lo cual significa que hay que comunicar teniendo en cuenta que los hijos pueden no comprender o no hacer caso o no tener interés. El respeto de la libertad como posibilidad de contradecir lo verdadero se denomina paciencia. Y entre los dolores más punzantes que los padres pueden sufrir hay que destacar los que provienen del respeto que deben mantener hacia la conciencia del hijo, siendo leales y sin abandonarle nunca, pero permitiendo que el paso sea suyo, que crezca y se afirme conforme a su conciencia.

Este juego de la libertad que acontece en cualquier relación educativa evidencia que no se puede sustituir a los hijos, ni evitar los problemas que estarán implicados en el camino de su madurez. En efecto, la gran tarea de los padres es amar la libertad del propio hijo, sabiendo que puede decir que no; sin embargo, en numerosas ocasiones, tratando de proteger a los hijos, los padres se vuelven posesivos, se sustituye a los hijos y así se les pierde. Se comprende de este modo porque la educación no es un convencer al otro de lo que creemos, sino que, por el contrario, es una libertad que se dirige a otra libertad, por eso implica siempre un riesgo en el educador. Es lo contrario de reducir la



educación a un adoctrinamiento en el que deja de ser un acto de amor para convertirse en una operación esquemática llena de buenas intenciones. Cuando se tiene una imagen de lo que debe ser o debe hacer nuestro hijo y tratamos de inculcar en él ciertos comportamientos y actitudes sin saber mirar su originalidad, su mundo, su historia y su necesidad fundamental, el hijo sólo percibe una pretensión sobre su persona, y esto nos convierte en alguien odioso a sus ojos; entonces se bloquea su ímpetu original de apertura y se cierra con hostilidad, es decir, se defienden. Y al mismo tiempo, los padres se justifican en cómo son y evitan la pregunta que la vida del hijo, su presencia, supone para ellos.

Para finalizar, nos hemos de preguntar, ¿cómo un hijo, libremente, puede comprobar la verdad de la propuesta que se le hace? ¿De qué manera su adhesión es enteramente personal? Si no llega hasta la verificación, significa que no se ha educado y se ha caído en el tradicionalismo. Por eso, no es suficiente que la familia proponga con claridad un significado de las cosas, es necesario suscitar en el joven un compromiso personal con su propio origen y verificar lo recibido, es decir, poner en juego la libertad.

Hoy la educación es deficiente a causa de una orientación racionalista que olvida la importancia del compromiso existencial como condición para obtener una genuina experiencia de lo verdadero, y por tanto, para alcanzar convicción. Una vez que las razones están delante de los hijos, queda mucho por hacer, porque tales razones son extrañas; son todavía palabras y sonidos. Es necesario que intervenga entonces la energía, la libertad para que lo recibido se haga propio.

La verificación es el momento clave de la educación de una persona, y ésta consiste en comparar la propuesta recibida con aquello que tiene de original el ser humano: las exigencias fundamentales que definen la naturaleza humana –aquí nadie nos puede manipular–. La ayuda para hacer esta comparación es la cuestión capital de la educación.

¿Cómo provocar ese compromiso de verificar sin el cual no nace la certeza? Se trata ante todo de suscitar un compromiso personal con la vida, con los deseos y exigencias que le constituyen, que afloran a través de las circunstancias de cada día, y experimentar si lo recibido es capaz o no de ayudarnos a vivir de un modo más profundo, más completo e intenso todos los aspectos de la vida; desde el noviazgo, el tiempo libre, el estudio hasta la diversión. No se trata tanto de apelar a unos valores morales que cumplir devotamente, a un hacer o no hacer ciertos gestos o hechos, no es un conjunto de preceptos que seguir; hay que ayudarle a hacer cuentas con la tradición a la que uno pertenece, con los valores y las actitudes recibidos dentro del contexto en el que uno vive, ha de comprobar lo que es bueno para él, lo que es verdadero y justo, aquello a lo que adherirse consciente y decididamente, dejando de lado lo caduco o lo que es fruto de momentos y circunstancias particulares.



Es, pues, necesario ayudar a comprender –no simplemente decir– la verdad de lo que se dice, explicitando incansablemente las razones una y otra vez. Es aquí donde la centralidad del educando asume todo su valor e importancia. La historia de mi relación con quien tengo que educar –por muy difícil y dura que pueda llegar a ser– es una posibilidad para mí, afecta a mi vida, desafía a toda mi persona (no simplemente mi faceta como profesor). Porque me obliga a dar razón de lo que soy para poder abrazar su diversidad. Evidentemente, implica un sacrificio e implica paciencia. Ahora bien, paciencia y perdón son la máxima expresión del amor, del mismo modo que no hay amor verdadero sin sacrificio. La autenticidad del educador está ligada a la capacidad de responder a la necesidad verdadera de la persona que tiene delante. El hijo crece cuando entiende que es querido, que el adulto quiere estar con él y le acepta así como es, incluso equivocándose. Por esto, no es justo ni razonable medir al hijo por su rendimiento escolar ni por su comportamiento. Su valor está dentro de él: es una persona. El hijo percibe perfectamente si se mira todo lo que es él, incluso lo que no sabe ver. Si los padres son capaces de mirar su valor último más allá de sus acciones y resultados, el hijo acepta una relación a través de la cual aprende a dar nombre y valor a las cosas y a relacionarse adecuadamente con ellas. Sólo se crece y aprende dentro de una relación afectiva. Nadie es capaz de moverse si se queda solo con su dificultad.

Termino con una poesía de Tagore⁶ que ilustra muy bien este encuentro de dos libertades que es la educación:

En este mundo aquellos que me aman
buscan por todos los medios
tenerme atado a ellos.

Tu amor es más grande que el suyo.
Y, sin embargo, me dejas libre.

Por temor a que yo les olvide,
no se atreven a dejarme solo.

Pero los días pasan,
el uno detrás del otro,
y Tú no te dejas ver nunca.

No te llamo en mis oraciones,
no te tengo en mi corazón,
y, sin embargo, tu amor por mí,
espera todavía el amor mío



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

A lo largo de toda la disertación he seguido las consideraciones de L. Giussani (2003). *Educación es un riesgo*. Madrid: Ediciones Encuentro y L. Giussani (1987). *El sentido religioso*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Giussani, L. (1987). *El sentido religioso*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Giussani, L. (1998). *Llevar la esperanza*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Giussani, L. (2003). *Educación es un riesgo*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Jungmann, J. A. , citado en L. Giussani (1991). *Educación es un riesgo*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Musa bin Jafar (2006). *Educación, un camino hacia el amor*. París.

Tagore, R. (1962). “Los que me aman” de *Ofrenda Lírica*, en *Obra escogida*, Madrid, Aguilar.

